

COLECCIÓN

LABRADORES
DE LA SALUD POPULAR

MARÍA
EUGENIA
ÁLVAREZ

"Yo le cerré los ojos a Eva Perón"



MATERIAL DE PUBLICACIÓN PERIÓDICA Y COLECCIONABLE



LABRADOR@S
DE LA SALUD POPULAR

María Eugenia Álvarez

“Yo le cerré los ojos a Eva Perón”

Daniel Parcero-Federico Gastón Guerra

**ASOCIACIÓN TRABAJADORXS DEL ESTADO
CONSEJO DIRECTIVO NACIONAL**

SECRETARIO GENERAL

Hugo Cachorro Godoy

SECRETARIO GENERAL ADJUNTO

Rodolfo Aguiar

**INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE ESTADO
Y PARTICIPACIÓN ÁREA DE SALUD IDEP**

Daniel Godoy

PRODUCCIÓN DE CONTENIDOS

Cecilia Fernández Lisso

4

IDEA ORIGINAL, PRODUCCIÓN

Daniel Godoy - Cecilia Fernández Lisso

TEXTOS E INVESTIGACIÓN

Daniel Parcero-Federico Gastón Guerra

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Sofía Goñi

idepsalud.ateargentina@gmail.com
www.idepsalud.org
www.ate.org.ar

Índice

Prólogo de Daniel Godoy	6
“Yo le cerré los ojos a Eva Perón”	7
“Admiré su piel de porcelana”	10
Pura vocación	13
María Eugenia: Del campo a la Escuela de Enfermería	14
“En la Primavera del 49’ conocí a Evita”	16
Una enfermera todo terreno	19
Eva de pié junto a su pueblo	21
Todo a cualquier precio	22
María Eugenia y el orgullo del servicio prestado	23
El día después	24

PRÓLOGO

Una mujer. Otra mujer. Un tiempo. Un pueblo.
En María Eugenia Álvarez, “la enfermera de Evita”, está todo eso.
Hoy tiene 92 años y su salud un poco endeble.
Su testimonio es emocionado y emocionante.
Dedicó toda su vida a la enfermería, su profesión y su pasión.
Los misterios de la vida la depositaron en un momento y un lugar sublime, único.
Acompañó los últimos latidos y las últimas miradas de Eva Perón, la mujer más impresionante que parió esta tierra.
En el seno de su Fundación, en 1948 se creó la Escuela de Enfermeras “7 de mayo” (por el día del cumpleaños de Evita) como parte de la revolución sanitaria de Carrillo.
La Escuela donde se profesionalizó la enseñanza, a la vez que se la vinculaba inseparablemente del compromiso social y la solidaridad humana.
La escuela fue cerrada por la dictadura fusiladora de 1955; tuvo 858 egresadas y 430 especialistas; la mayoría de ellas provenían de hogares humildes y del interior del país, y luego del derrocamiento de Perón fueron perseguidas, humilladas, negadas.

En este nuevo día de las y los enfermeros, IDEPSALUD a través de la investigación de Daniel Parceró y Federico Gastón Guerra, trae un testimonio y un tiempo imprescindible para entender a la salud, a la enfermedad, y a un modelo de Estado que debemos recuperar entre todas y todos.

Hasta la próxima entrega...

Daniel Godoy
Director IDEP SALUD ATE ARGENTINA

“Yo le cerré los ojos a Eva Perón”

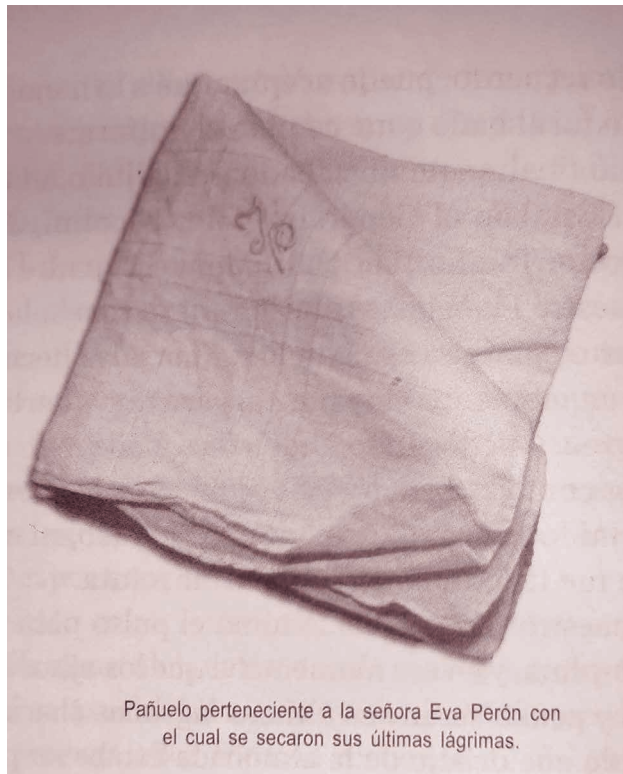


AGENCIA LOVE ART NOT PEOPLE

Así lo afirmó María Eugenia Álvarez, enfermera personal de la Primera Dama, quien la cuidó hasta el último instante, en diálogo con los periodistas y escritores Daniel Parceroy y Federico Gastón Guerra quienes la visitaron en el mes de julio de 2019, en Longchamps, Partido de Almirante Brown, en el conurbano sur, donde reside temporalmente junto a la familia de un sobrino.

La entrevista con el historiador de la ATE, y su colega – quien lo acompaña en la redacción de otras obras literarias- fue posible por la intermediación del compañero Oscar Méndez, hijo de Rosalía Figueredo de Méndez, quien fuera delegada de la ATE del Hospital Centenario en Gualguayachú, perseguida por la Revolución Fusiladora de 1955, y militante social en Victoria, Entre Ríos.

La enfermera María Eugenia Álvarez, a los 92 años de edad fluye en sus recuerdos como si todo hubiera ocurrido hace un instante.



Pañuelo conservado por María Eugenia Alvarez y hoy se encuentra en el Museo Eva Perón de Capital Federal

Ese **todo** fue la muerte, consecuencia de un cáncer, que padecía de Eva Duarte de Perón, el 26 de julio de 1952.

“Momentos antes ví sus lágrimas. Serían, sin saberlo, sus últimas lágrimas, ¿hacia dónde irán?! Recordé que debajo de la almohada estaba su pañuelo. Lo saqué y sequé aquellas gotas, pero no opté por ponerlo otra vez debajo de la almohada sino que lo guardé en mi bolsillo. Hace un tiempo decidí dejarlo donde debe estar, en el Museo Evita”

María Eugenia llamaría al doctor Ricardo Finochietto, que se encontraba en la habitación contigua, quien se apersonó y le tomó el pulso. *“Que momento tan fuerte para mi. Verla serena como un ángel bello que descansaba en paz. Aquella partida no fue como el caso de otros enfermos, sino como un dormitar. Hasta que dejó de latir el pulso. Se había ido en paz, para quedarse”*.

La Primera Dama tenía 33 años y oficialmente a las 8.25 fue la *“hora en la que Evita pasó a la inmortalidad”* vociferaba la radio en luto obligatorio.

Antes, la enfermera congeló para siempre en su recuerdo ese instante en que *“le cerré los ojos a Eva Perón”*.



AGENCIA AUNO

“Admiré su piel de porcelana”



María Eugenia Álvarez con uniforme de gala en la escuela de enfermeras de la sociedad de beneficencia

Álvarez le dedicó su vida a la enfermería, profesión que comenzó a abrazar a los 15 años cuando empezó sus estudios, los que concluyó a los 17. Todo en su vida fue con esfuerzo pero superando etapas: *“Nací el 21 de junio de 1927 a la una de la mañana y mi mamá me cuenta que lo tuve que hacer con fórceps”.*

Ya de adolescente acompañó a su hermana Rita, que tenía 14 años, en el cuidado de una operación de apendicitis, siendo que en la misma habitación *“había una chica jovencita muy angustiada a la que le hice un té con lo que tenía a mano, y descubrí que ahí había una vocación de ayudar al prójimo”.*

Inició su carrera cuando aún no existía la Escuela de Enfermeras “7 de mayo” (en reconocimiento al día del cumpleaños de Evita) de la que formó parte, y que fuera creada por la Fundación Eva Perón en los albores de 1948.

Álvarez, trabajó al cuidado de la Eva, observando su intensa e inconmensurable tarea supervisando las obras encaradas por la Fundación a la vez que planificando otras. Formó parte de grupos de profesionales de la salud de ayuda social a países hermanos y Centromé-

rica: Perú, Colombia, Venezuela y Panamá, y que fueron asistidos además con medicamentos, alimentos y ropas, habiendo tenido un destacado desempeño. *“Servir al prójimo es nuestro destino, si tenemos en claro cual es nuestra vocación”*; sintetiza con firmeza reafirmando su compromiso.

En referencia a la Escuela señala que *“Allí me desempeñé como regente”* destaca con manifiesto orgullo. Tuvo a su cargo la organización de tres pabellones del Internado de que aquel establecimiento tenía en la localidad de Ezeiza, y un plan de regularización de estudios que contara con la aprobación del Doctor Ramón Carrillo.

Ya en 1950 a María Eugenia la solicita una monja del Hospital Rivadavia y le dice que el Director la buscaba. En su despacho el doctor Jorge Bengolea –amigo de su padre- la notificó que la pasaría a buscar un coche oficial que la llevaría a cuidar a la esposa del Presidente de la Nación.

“Me acuerdo que yo le dije al médico que había gente más preparada que yo para esa tarea, pero él me lo ordena y me dice que ‘vas porque yo te lo ordeno. De la misma for-

ma que Perón me asignó a mí la dirección de este Hospital. Cuando llegué, Eva estaba dormida y admiré su piel como de porcelana.”

“En su convalecencia a Evita se acercaron a saludarla personalidades de todas partes, hasta de Europa venía agente a verla pero no lograban pasar a la sala porque los cuidados eran muy estrictos”, remarca la enfermera.

“Pude entablar una muy linda relación con Eva. Recuerdo que ni bien fui asignada a su cuidado, hubo celos entre parte del personal y hasta le hicieron llegar una carta donde hablaban mal de mí, diciéndole que yo no tenía un pasado peronista. ¿Y que iba a tener si era muy joven?. Pero venía teniendo un buen desempeño del que ya se había encargado de contarle el doctor Bengolea. Con aquella carta en su manos y vuelta a colocar en el sobre, ella me dijo: ‘andá vos misma y devolvéselas, para que sepan mi respuesta’. Y lo hice. Yo también tenía mi carácter”



María Eugenia Alvarez Desfilando como integrante del cuerpo de urgencias en la Escuela de Enfermeras 7 de mayo

Pura vocación

Parte importante de la historia de Álvarez comienza a consolidarse esa tarde que la Primera Dama, ya enferma, le dice: *“María Eugenia va a tener que hacerse cargo de la Escuela de Enfermeras”*. Ella la consideraba y la ponderaba como una profesional muy seria sin mayores intereses que el de vivir para su vocación: *“Dios mío, pensé y ahí nomás me puse a trabajar”*.

La nueva regente de enfermeras vivía a unos 100 metros de la Avenida Pueyrredón y Las Heras, donde empieza asomar el barrio de La Recoleta. Se trataba de un departamento obsequiado por su padre. *“Siempre viví de mi trabajo y jamás hubiera podido acceder a una propiedad”* afirma. Desde allí marchaba orgullosa a la Escuela donde aprendían chicas llegadas de distintos territorios de toda la Argentina y hasta de países limítrofes.

Con la mirada brillante iluminando el ambiente como observando una fotografía, María Eugenia describe desde su memoria *“Aquel lugar era un edificio de lujo, con instrumentación muy avanzada. Los médicos admiraban nuestras prácticas de enfermería. Y eso daba por tierra esas pavadas que se decían que las enfermeras de Evita eran to-*

das prostitutas. Cuantas barbaridades se han dicho de mí, y de nosotras. Sin embargo muchos médicos destacaron la existencia de la Escuela y nuestra labor, incluso cuando llegaron los tiempos de contrarrevolución, y nos tocó atender heridos de aquel terrible bombardeo de Buenos Aires”.

“Yo le decía a Evita, a quien admiraba profundamente desde su época de actriz, que a muchos les molestaba su figura y que le tenían mucha envidia. Ella se daba cuenta de todo; era poseedora de temple muy singular. Era muy inteligente y por eso siempre le cuidaba las espaldas al General Perón que era para mí un tipo muy buenazo. Es que para muchos políticos ella fue una piedra en su camino. Imagínense que no paró hasta conseguir el voto femenino”, dice María con voz clara y potente, quien agrega una pena con la que falleció la Primera Dama: “¿Quién va a cuidar de los niños y de los ancianos? Se preguntaba en voz alta”.

“Ya queda poco”. Me dijo casi al final y le respondí con cierto disimulo: ‘Sí, señora. Ya queda poco para ir a la cama’. Y como les decía, ella que se daba cuenta de todo, y me respondió: ‘No, María Eugenia, a mí me queda poco’. Eso lo grabé en mi alma. Es emocionante”, detalló con firmeza, abriendo sus párpados y dejando destacar sus brillantes ojos celestes. “Ya no sabía qué hacer para que no piense en morir”

María Eugenia: Del campo a la Escuela de Enfermería

14



María Eugenia Álvarez recordando los últimos momentos de Evita

María Eugenia Álvarez, oriunda de San Pedro, en la Provincia de Buenos Aires, era hija de un inmigrante español, acopiador de aves que vendía a clientes de los alrededores y que también comercializaba por medio de intermediarios en la Capital Federal. También era propietario de un campo de unas 15 hectáreas ubicado en Gobernador Castro, localidad perteneciente al mismo Municipio sanpedrino. Habiendo contraído matrimonio, ambos serán padres de cuatro hijos, un varón y tres mujeres, dos de la cuales abrazarán la enfermería. En Castro, María vivió su infancia y cursó la enseñanza primaria.

“Papá había hecho muchos amigos radicales. Eran tiempos de fraudes. Recuerdo que venían a verlo para pedirle que recolectara libretas de vecinos para votar en su nombre como algo normal. Cosas que cambiaron de raíz llegado el peronismo. Por aquellos tiempos que les cuento, fue víctima de una estafa al vender un campo y eso lo llevó a estar dos años muy caído, prácticamente vivió en cama. Había pasado los 40 años cuando le diagnosticaron diabetes. Alcanzó a salvar la quinta más pequeña y decidió con mamá venirse a Buenos Aires. Vivimos un tiempo en la calle Melo y finalmente nos mudamos a Juan María Gutierrez. Mi mamá comenzó a trabajar en una casa de la

familia Ferrer Basualdo, sobrina de la señora Boté, una de esas familias pacatas porteñas que integraban la Sociedad de Beneficencia -que con el tiempo supe había creado Bernardino Rivadavia- y que eran parientes de quien sería el Intendente trucho General Basilo Pertiné”.

Pertiné, será intendente de facto, designado en 1943 por el dictador Pedro Pablo Ramírez, fue un profundo admirador del fascismo, amigo personal Jordan Bruno Genta escritor y filósofo nacionalista católico a quien invitó a dar una conferencia en el Círculo militar, habiendo sido aquella conferencia denunciada por la comisión investigadora de actividades nazis en Argentina., Permanecerá en el cargo hasta 1944. En octubre de 1955 integró el tribunal de honor que juzgó al derrocado presidente Juan Domingo Perón. Y por el cual se lo declara Traidor a la Patria.

Rita, hermana de María Eugenia sufrirá un ataque de apéndice, y la señorita Ferrer Basualdo apelará en su ayuda mediante el auxilio de las monjas de Nuestra Señora del Huerto que prestaban servicios en las Damas de Beneficencia. *“Ellas se pusieron en contacto con el doctor Adrián Bengolea, sobrino de la señora Boté, y que en-*

tonces era director del Hospital Rivadavia. Ahí la operaron y yo la cuidaba teniendo 14 años años. Me gustaba hacer de enfermera. Un día me dijeron que no podía quedarme porque era menor; y me puse a llorar.

Por intermedio de las patronas de mamá, quienes le solicitaron al doctor Bengolea el permiso para que pudiera seguir cuidando a mi hermanita, es que pude seguir haciéndolo. Prestaba mucha atención y había aprendido mucho y empecé a estudiar. El programa de estudios era de dos años. En el segundo, tuve primeros auxilios y tratábamos a pacientes. Para iniciarse había que tener sexto grado, pero era algo difícil que se llegara a eso, porque había crisis educativa, y la mayoría de los cursos llegaban a cuarto grado. Me recibí a los 17 años, y creo debo haber sido del plantel más jóvenes de enfermeras de nuestro país. Ya era auxiliar de enfermería y trabajaba como mucama, y después había que asistir a las clases teóricas. Hasta que no fui mayor de edad no cobraba un peso. Tengo mi nombramiento cuando llegó Perón y hubo Justicia Social. Recuerdo que un día salía del Hospital, y los militares iban corriendo hacia la Facultad de de Derecho. Si, sabía que Perón estaba preso porque los escuché hablar a mis padres. Era el 17 de Octubre, pero yo no entendía nada”.

“En la Primavera del 49’ conocí a Evita”



María Eugenia Álvarez en pleno curso de instrumentadora quirúrgica en la Escuela de Enfermería 7 de mayo 1949

Rita la hermana menor de María Eugenia estaba terminando sus estudios en la Escuela de la Fundación y a la vez trabajaba en la Maternidad Peralta Ramos, hasta que todas las escuelas de enfermería se unificaron en la Escuela cabecera que centrada en la Fundación Eva Perón. Allí terminaría el tercer año. María Eugenia realiza en el mismo lugar el curso correspondiente a instrumentadora quirúrgica. *“También aprendimos allí a desfilas, y llegué a ser escolta –nos comenta y agrega- Cuando fue el terremoto de Ecuador en la primavera del 49, la señora Eva decidió mandar un contingente de enfermeras en apoyo solidario. En Ezeiza al despegar el avión sufrió un desperfecto y hubo un accidente al que fui convocada para hacerme cargo de las tres salas de operaciones y asistir a los pasajeros. Las chicas quedaron internadas, y yo junto a otras compañeras quedamos a su cuidado. Evita se hizo presente y recorrió las camas. Yo era una de las responsables de la atención y el doctor Bengolea se lo hizo saber a Eva, a quien le señaló que gracias a mi empeño todo había resultado bien, y ella se me acercó y agradeció mi tarea. Así fue como la conocí. Ese es el primer recuerdo imborrable de mi memoria”.*

Posteriormente junto a otras dos compañeras será convocada a la Secretaría de Trabajo y Previsión, siendo invitadas a una cena que se llevará a cabo en el Hogar de la Empleada. En aquel encuentro en presencia de Evita, la primera Dama les encomienda ser parte del grupo de enfermeras que viajarían a Perú a asistir a víctimas de un terremoto. Por supuesto me embarqué con toda la predisposición y llevamos 12 toneladas de medicamentos, alimentos, mantas y vestimenta. En el país hermano había ocurrido un desastre y estuvimos un mes en acción solidaria. Los coyas agradecían a quien denominaban “*a dama de la esperanza*”. En Cuzco cumplí mis 21 años. Miren si era jovencita. Llegamos a Colombia y fuimos informadas de una tebladeraque en Venezuela y fuimos a Caracas. Cuando regresamos nos avisan que debíamos dirigirnos a Panamá y gracias a la colaboración de los agregados obreros argentinos instalados en las embajadas se hicieron posibles los trámites y los envió de la ayuda material. Fue toda una experiencia. Evita se informaba paso a paso de nuestro desempeño en permanente comunicación con el Dr Carena que estaba al frente de nuestra delegación”



María Eugenia Álvarez junto a otras enfermeras atendiendo a dagnificadas del accidente aéreo en Aeropuerto de Ezeiza 1949



Escuela de enfermeras Fundación Eva Perón, al momento en que María Eugenia Álvarez es recibida por Eva Duarte

Una enfermera todo terreno



María Eugenia siendo regente de la Escuela de Enfermeras.
7 de mayo

Eugenia Alvarez confió a los periodistas que fueron a su encuentro algunos detalles de aquel momento en Evita del Pueblo, en su presencia pasó a la inmortalidad: *“Recuerdo que hasta el doctor Finochietto, una eminencia que la atendía, lloraba como un chico en el momento en el que Eva falleció. Hasta lo tuve que ayudar a levantarse de lo conmocionado que estaba”.*

La referencia descrita por María Eugenia en relación al impacto sufrido por el prestigioso cirujano Ricardo Finochietto al advertir el deceso de la Abanderada de los Humildes, no era circunstancial.

En mayo de 1950, el también cirujano y peronista Oscar Ivanissevich - uno de los impulsores de la cirugía plástica en nuestro país- renunciaría como médico de cabecera de la primera dama, habiendo sido reemplazado por el citado médico.

Será Finochietto quien éticamente responsable dictaminará que el cáncer de útero que afectaba a Eva Perón escapaba a su especialidad, y en setiembre de 1951 el caso fue puesto a cargo del ginecólogo Jorge Albertelli. El encargado de notificarlo de la novedad -por su propia

recomendación- fue nada menos que el doctor Armando Méndez San Martín, Ministro de Educación -funcionario que el 29 de junio de 1955 sería apartado del área por ser unos de los responsables en alentar la conflictividad con las jerarquías eclesiásticas que derivaran en los bombardeos a Plaza de Mayo, respondiendo a intereses estrechamente vinculados a la Masonería de acuerdo a investigaciones encargadas por el propio Perón a los efectivos de inteligencia leales a la Revolución-.

Albertelli luego de ver y analizar el informe de la biopsia que se le practicara a Eva Duarte, aceptó el caso y se mudó durante tres meses a la residencia presidencial.

Será el mismo médico el encargado de comunicar personalmente al Presidente Juan Domingo Perón que Eva padecía *“un cáncer cuyo punto de partida está en el cuello del útero”*. Además de ponerlo al tanto en cuanto a que *“Cuando el diagnóstico se hace tempranamente, existe un porcentaje de curaciones. No es el caso. (...) La presencia de células malignas en la luz de las venas hace presumir que en un futuro no lejano se produzcan metástasis. (...) Es sabido que la virulencia del tumor es mayor cuanto menor es la edad”*. Y así lo relatará en sus escritos con posterioridad.

No obstante la complejidad del caso el profesional aconsejaría que se debía luchar en procura de una salida satisfactoria. Es así que recomienda la aplicación de radium -para detener el crecimiento del tumor-, intervención quirúrgica y terapia de rayos X.

Contando con la confianza y el aliento del primer mandatario el 27 de septiembre de 1951 le fue colocado a Evita el dispositivo radioactivo (radium).

Sería un día antes al abortado golpe de Estado impulsado por el General Benjamín Menéndez.

En Eva reverdecerá su rebeldía. Lejos de rogar por un milagro que salve el Estado de Bienestar y Participación construido de la perversidad oligárquico imperialista, habiendo tenido que permanecer en reposo absoluto, aquella mujer *“llama de la Revolución”*, decide realizar un discurso de aliento por Radio Nacional ante el intento desestabilizador, y esperanzada entre sollozos, poder volver a estar al frente de lucha en favor de sus desca- misados.

Eva de pié junto a su pueblo

“El general Perón acaba de enterarme de los acontecimientos producidos en el día de hoy. Por eso no he podido estar esta tarde con mis descamisados en la Plaza de Mayo de nuestras glorias. Pero no quiero que termine este día memorable sin hacerles llegar mi palabra de agradecimiento y de homenaje, uniendo así mi corazón de mujer argentina y peronista al corazón de mi pueblo, que hoy ha sabido probar, una vez más, la grandeza de su alma y el heroísmo de su corazón. El pueblo argentino tiene derecho a ser respetado y ser defendido en su voluntad soberana, con sus derechos y en sus conquistas, porque es lo mejor de esta tierra; lo mejor de este pueblo, que es Perón tiene que ser defendido así como hoy por todo el pueblo. Yo les doy a todos las gracias en nombre de los humildes, de los descamisados, por quienes he dejado gustosa en mi camino jirones de mi salud, pero no de mi bandera; y les pido con todas las fuerzas de mi alma que sigan siendo felices con Perón, como hoy, hasta la muerte, porque Perón se lo merece, porque se lo ha ganado y porque tenemos que pagarle con nuestro cariño las infamias de sus enemigos que son los enemigos de la patria y del pueblo mismo. Yo espero estar pronto en la lucha con ustedes, como todos los días de estos años felices de esta nueva Argentina de Perón, y por

eso les pido que rueguen a Dios que me devuelva la salud que he perdido, no para mí, sino para Perón y para ustedes, mis descamisados”.

Padeciendo anemia y anorexia, el esfuerzo le provocará la llegada de un profundo insomnio.

El 15 de octubre de 1951, mientras estaba en cama, publicó su famoso libro autobiográfico *La razón de mi vida*. Dos días después, participó del acto por el Día de la Lealtad. Se verán y trascenderán las imágenes junto a su esposo, el General Perón, quien la sostuvo de la cintura, mientras brindó su más emotivo discurso.

A pesar de sus dolencias, será enfática: *“Tengo con ustedes una deuda sagrada. Y no me importa si para saldarla tengo que dejar jirones de mi vida en el camino. (...) Si este pueblo me pide la vida, se la daría cantando”*

Todo a cualquier precio

La atenta mirada de Albertelli ante el deterioro de la salud de Eva Perón y transmitida al máximo jefe del Gobierno Nacional y Popular hará que éste apele a la recomendación del oncólogo Abel Canónico quien sugiere convocar para la cirugía al oncólogo norteamericano George Pack, al tiempo que guardando estricto silencio respecto a la selección adoptada. El asunto se manejó con total reserva. Perón estaba lejos de no hacer todo lo posible a su alcance por lograr estabilizar y mejorar la vida del alma de Revolución peronista.

22

Nadie tenía que enterarse, ni si quiera la propia Eva, quien pensó que la operaría Ricardo Finochietto.

Pack cirujano general norteamericano (no ginecológico) provenía del Memorial Sloan Cancer Center de Nueva York. Albertelli no había quedado conforme con la determinación. Para el médico no se trataba del profesional a la medida de las circunstancias. Tampoco estaba de acuerdo con los mecanismos a adoptarse para la práctica dispuesta y el instrumental seleccionado.

Para quien había tenido a su cargo la atención y tratamiento de la Eva inmortal, se trató de una operación

“discreta, menos que buena” de acuerdo a sus propios testimonios conocidos con posterioridad tras la publicación de su libro “Los 100 días con Eva Perón”, prologado por Félix Luna. Aunque aceptaba –habiendo accedido a los resultados posteriores de los estudios- que “a esa altura ya nada podía hacerse”.

Dispuesta la infructuosa operación realizada en Buenos Aires el 6 de noviembre en el Hospital Policlínico de Avellaneda, Finochietto “se limitaría a estar presente y atento en la sala de operaciones donde Evita será intervenida”.

Apenas a unos escasos días de su operación, luego de haberse sancionado el sufragio femenino, se llevaron a cabo las elecciones generales. Ese día su compromiso con los hijos leales de la Patria, y con Perón, la hizo permanecer ansiosa en su lecho de enferma a la espera de la llegada de la urna que solicitara para cumplir con su voto.

Además comenzaría a dictar su último libro (póstumo), titulado Mi mensaje.

Unos días más tarde su médico descubrió una metástasis a nivel del hilio ovárico, que probablemente se había producido por vía venosa de la que nunca fue notificada y continuó su tratamiento de rayos.

María Eugenia y el orgullo del servicio prestado

El 31 de diciembre de 1951, luego de casi cien días junto a ella, el ginecólogo abandonó la residencia presidencial. *“Al despedirme –cuenta el profesional en su libro testimonial- le auguré pronta recuperación total y éxito en la gestión política. (...) Sentí en ese momento una extraña tristeza. (...) Al ir caminando pensaba que dejaba a mis espaldas a una joven mujer, cuyo porvenir veía tintes muy sombríos, trágicos”.*

La mañana en que murió Eva, comenta María Eugenia *“vi llorar al Presidente y a todo el personal de la residencia presidencial. Yo trataba de mantenerme fuerte, teniendo que estar atenta para atender a los que se descomponían. Perón, se sentó en la silla del dormitorio y me dijo ‘María Eugenia, qué solo que me quedo’; y con dolor, tratando de no demostrarlo le dije: ‘mi general, quédese tranquilo que lo vamos a acompañar entre todos. Seguramente estaría pensando ¿quién va a cuidar tus espaldas ahora?’”. Acudí a mi hermana Rita que también fue enfermera de la señora Eva, para que me ayudara”.*

En su balance María Eugenia Álvarez sintetiza que fue *“una enfermera más, a quien le tocó asistir a un ser excepcional como lo señora Eva Perón”.* Y jura que nunca entendió nada de política ni le gustó, pero su vida fue atrapada por *“aquellas dos figuras que tanto sirvieron a la Patria, como fueron Perón y Evita. ¿Quién me puede negar que no ha sido así? Ha existido y existe mucha infamia, pero yo estoy acá con mis 92 años, bien plantadita, y puedo asegurarles que fue así”.*

Luego de aquellos días *“para mí el más triste del mundo”*, siguió su vida laboral por distintos nosocomios y se fue a vivir a la zona Sur *“con el orgullo muy en lo alto...”* y esos recuerdos tan adentro y despiertos de su corazón y sus firmes y brillantes ojos claros que los iluminan.

“Ahhh...les voy a confiar algo –señala de repente con pícara sonrisa y pestañando ante la atenta mirada de los periodistas- No me quedé con recuerdos materiales, salvo una foto de Evita de cuando era actriz, antes de casarse con Perón. Se la robé, Me la metí en el bolsillo del delantal. Nadie supo que la tengo yo”.

El día después



María Eugenia Álvarez, tomas de su casa en Longchamps partido de Almirante Brown

Cuenta con total sencillez y humildad “A mí Perón me quiso regalar una casa. Le dije ‘no, mi general, me disculpa. No se la voy a aceptar’”. Ella vivía en una propiedad que pertenecía a su padre. Y agrega “*Le pedí el presidente, que si había disponible una propiedad regalara esa casa a una familia pobre. Así lo hizo y oportunamente me lo hizo saber. No lo podía creer cuando me avisan que tenía un llamado de Perón ¿Que habré hecho me dije? Y atendí. ‘Digame Mi General?! Y el me respondió: ‘ya cumplí con Ud’ y me indicó el apellido de la familia y de que provincia eran, a quien se había adjudicado una vivienda. Que grande el General. Y le di las gracias’.*”

Después de la muerte de Evita y el fin del gobierno de Juan Domingo Perón continuó trabajando en la escuela. “*Formé a decenas de enfermeras, las primeras argentinas con esa cantidad de tiempo de estudio. Me quería ir pero me pidieron que me quedara. En todo ese tiempo no cobré un solo sueldo siendo la jefa de la escuela y me mantuve con 100 pesos del mínimo del hospital. Jamás nadie me dio lo que me correspondía, ni lo pedí, porque me daba vergüenza. Tampoco me tomé vacaciones, porque debía seleccionar al alumnado nuevo que comenzaba cada mes de marzo. El hdp del Almirante Rojas, había dado el guiño*”

para que me quedara. El me conocía de antes y yo también. Sabía la porquería de persona que era, y que le debía a Eva algunos favores que le requiriera respecto a su lamentable legajo en alguna oportunidad. No quise ser su 'recomendada'. Yo no era una estupidita. Fui la hija de un gallego inteligente. Y me fui. Pocos militares hubo como Perón. ¿Quiénes pensaron en el descanso semanal, en las ocho horas, en el salario justo?. La mayoría unos traidores. Hasta lo traicionaron a Perón. Unos traidores la mayoría. Por eso yo digo ¡Viva Perón y viva Evita. Punto!''

Después, continuó su labor en el Centro Gallego y la Maternidad Sardá hasta su jubilación *"En nuestra profesión siempre falta estudiar. Nunca hay que dejar de hacerlo porque constantemente aparecen cosas nuevas. Dice que vive feliz y tranquila. Que se desentendió, y que el día de su jubilación fue uno más después de un largo camino sin faltar al trabajo''*

A los 92 años, soltera -luego de haber decidido interrumpir un noviazgo al momento de fallecer su hermana y hacerse cargo de dos sobrinos- residiendo en el hogar de uno de ellos- como a lo largo de su vida activa, no hace gala de aquel compromiso, solo manifiesta el

orgullo y la inmensa pena por el desenlace fatal.

"Yo cuidé a Eva sin creérmela y no soy figura política, sólo una enfermera más de la patria. Aprendí que había que ser muy humano, dejar lo de uno como profesional. También, a ser humilde y responsable para crecer y poder ayudar. Me siento en paz porque cumplí con mi deber''

Testigo presencial de la última mirada de Evita, María Eugenia asegura con gestos terminantes sobre la mesa en la que posa el mate que tiembla *"Nadie sabe qué hubiera pasado si no hubiera muerto. Yo era joven, pero tengo en claro, que había alzado la voz contra los oligarcas y que le reiteraba al pueblo que fuera fiel de Perón. Seguramente, el golpe militar no habría ocurrido y la revolución habría prosperado''*



María Eugenia Álvarez junto a los autores Daniel Parco - Federico Guerra, acompañados por Oscar Mendez delegado de ATE Entre Ríos e hijo de la ex delagada hospitalaria de ATE del Hospital Gualeguaychu . Rosalía Figueroa de Mendez

COLECCIÓN

MARÍA EUGENIA ÁLVAREZ

7

“Yo le cerré los ojos a Eva Perón”

LABRADOR@S
DE LA SALUD POPULAR

Otros números de esta colección:

Nº6

ALICIA MOREU DE JUSTO

Nº 5

ARTURO OÑATIVIA

Nº 4

MARIO TESTA

Nº 3

FLOREAL FERRARA

Nº 2

SALVADOR MAZZA

Nº 1



COLECCIÓN



AÑO: 2019

www.idepsalud.org

idepsalud.ateargentina@gmail.com

www.ate.org.ar

LABRADORES DE LA SALUD POPULA

7

MARÍA
EUGENIA
ÁLVAREZ

Material de publicación periódica y coleccionable: Esperamos que esta colección sea del interés y el aprovechamiento del conjunto de lxs compañerxs.

ASOCIACIÓN TRABAJADORXS DEL ESTADO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA / CONSEJO DIRECTIVO
NACIONAL INSTITUTO DE ESTUDIO SOBRE ESTADO Y PARTICIPACIÓN / AREA DE SALUD